

- Bien, ¿se os ofrece algo?
- No, nada, que me hagais un préstamo; pero lo que se entiende un préstamo.
- Comprendo, dijo Treviño, y sacó dinero de un cajón del escritorio.
- Tomad.
- Ya lo contásteis?
- Eso no importa, vos lo contareis.
- Gracias por la confianza.
- Voy á disponer mi marcha.
- Os dejo en libertad, no quiero ni por un momento ser importuno, quedad con Dios.
- El os guie, reverendo padre.
- El fraile salió haciendo mil genuflexiones y reverencias. Treviño se alistó prontamente y á las dos horas se encontraba en camino para la capital.

### III.

Ya hemos visto á fray Angel y su comitiva emprender la peregrinacion, llevando el escándalo en todos los pueblos y ciudades del tránsito.

A los diez dias de incesante camino, fray Angel habia andado  *cincuenta*  leguas y hacia su entrada en Toluca.

Las autoridades salieron á recibir el convoy de reos.

Los católicos vecinos se regocijaban de una tan buena presa y el fraile era objeto de las alabanzas y de los obsequios.

La comitiva llegó ya muy entrada la noche y el viento delgado que soplabá por el rumbo del volcan, les helaba los huesos á los soldados, á los presos y al reverendo padre.

El fraile se escurrió en su alojamiento, parapetándose con las mantas que encontró á su paso, y despues de una cena bien sazónada y succulenta, se entregó al sueño.

El padre Cipriano Pontolongon se soplabá en la cárcel los dedos de frio, aunque su sangre arrojaba llamas de furor.

—No me ha dejado hablar este mentecato de fray Angel, yo le hubiera enseñado mis credenciales del Santo Oficio, y me trae como á un reo de heregía; me las ha de pagar todas juntas, yo declararé que se ha vendido al portugues que es un hereje de cuenta---- gócese en buen hora con mis sufrimientos, ya estos grillos me rompen los piés---- no importa, he de tomar una revancha, que no quisiera haber nacido ese miserable.

—De gana os quejais, padre Pontolongon, dijo el mulato, vos estais libre solo con llegar á México, nosotros----

—Sí, interrumpió el barbero, nosotros comenzamos entonces á saber lo que es amar á Dios en tierra agena.

—Como que no os libraré del tormento ni san Judas Tadeo.

—Dios mio! exclamó el señor de Ramos, pero si yo nada niego, ni confieso nada.

—Para eso sirve precisamente el tormento, para evitarse de dudas y contradicciones, ademas, que vos me asegurasteis haber comisionado á la madre Paulina para que----

—Para convencer á Rosalía de mi amor, lo cual nada tiene de particular.

—Sí que tiene, esa mujer es bruja.

—Es que vos conservais amistades con ella.

—Callad, me estais comprometiendo, yo solo le he comprado algunas medicinas, ya sabeis que mas sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Es que la bruja vendia unguentos para mal de amores.

—Yo lo ignoro.

—Señor gefe de la hermandad, dijo el padre Pontolongon, teneis la bondad de que se nos dé un poco de catalan, para entrar en calor.

—Aquí no hay mas que agua, y eso el rio está mas seco que vuestros lábios.

—Se pagará por su justo precio, dijo el mulato.

—Siendo así, no hay inconveniente.

Lino sacó un par de pesos que dió al alguacil, este salió y dió á uno de sus soldados:

—Vete en busca de dos reales de aguardiente, para dar una friega al padre Pontolongon que se ha enfermado de reumas en el estómago.

El soldado fué á la próxima tienda, compró un real de aguardiente, lo completó con agua y lo llevó á la prision.

—Vamos, aquí teneis.

—Caro anda el licor por estos barrios.

—Ya lo veis, dijo al alguacil, como que hace tanto frio, y es casi una medicina.

El padre Pontolongon, que era conocedor, dijo, en voz baja, "lo acaban de bautizar"

Lino y el señor de Ramos, consumieron.

El mulato no cesaba de escudriñar las paredes de la prision, porque la idea de una fuga lo traia preocupado.

El padre Pontolongon se metió en calor, y á los pocos momentos roncaba como un desesperado.

El barbero cedió al peso de la noche y comenzó á hacer duo á su compañero de prision.

#### IV.

Reinaba la quietud en el aposento, cuando el centinela dijo al mulato:

—Mañana en el Monte de las Cruces.

—Bien, ya sabes que hay dinero, que fray Angel trae una cantidad inmensa.

—Buena presa.

—Es necesario todas las precauciones, porque la hermandad tiene al diablo en el cuerpo.

—El *Zurdo* es de primera para los *asaltos*, y conoce las entradas del Monte.

—Perfectamente, agarrotamos al fraile, ponemos en libertad á estos desgraciados y nos situamos en la montaña.

—Bien, á las cuatro de la tarde pasamos por la garganta.

—Ahí está el *Zurdo* y los amigos.

—Silencio, que llega el gefe.

El padre Pontolongon, se despertó al comenzar la conversacion del centinela y el mulato, estúvose atento, comprendió lo peligroso de una aventura semejante, y se decidió á denunciar la conspiracion.

—Señor gefe, dijo al oido del alguacil, decidle á fray Angel que tengo un negocio de urgencia que comunicarle, que en ello le va la existencia; id, id, despertadle y rogad si es preciso; porque---- porque---- en fin, no perdamos tiempo.

El alguacil salió violentamente, y tocó á la puerta del aposento donde dormia fray Angel como un patriarca.

Despues de un cuarto de hora de esta tarea, fray Angel se despertó.

—Quién? ¿qué se ofrece?

—Yo, reverendo padre.

—Y que quereis para despertarme así, de una manera tan impertinente?

—Vengo á un asunto de gravedad.

—Pues adentro, y cerrad la puerta, que se cuela un aire frio que da grima.

Entróse el alguacil, y tomó asiento junto al lecho del fraile.

—Decíais que venian á felicitarme algunas comunidades.

—No es eso, reverendo padre.

—Ah! ya comprendo, será el gefe que vendrá por órdenes.

—Que no es eso, reverendo padre.

—Bien, bien, quereis que os comunique mis instrucciones reservadas para el viaje.

El alguacil movia la cabeza con impaciencia.

—Eso no es raro, todo viene bajo mi responsabilidad, y hacéis bien en consultarme.

—Dejadme hablar, reverendo padre.

—Estoy, estoy.

—No está su reverencia; porque no puede adivinar el negocio que me obliga á despertar á vuestra reverencia.

—Pues hablad, con mil santos!

—Os venia á decir, que el padre Pontolongon me envia, para que le concedais comunicaros un secreto importantísimo.

—Cómo es eso! he prohibido que pronuncie una palabra, y me traéis recados de su parte?

—Es que me lo ha dicho por señas.

—Esa es otra cosa.

—Y qué pretende?

—Que vuestra vida se halla en peligro si no lo escuchais.

—Decidle de mi parte, que no me diga nada.

—Me ha encargado que os suplique, que os ruegue si es preciso, porque la existencia de todos está en un peligro inminente.

—Pues me felicito, amigo mio, lo que tenga que decirme el padre Pontolongon, me tiene sin cuidado.

—Reflexionad, reverendo padre, que----

—Buenas noches, y os prevengo que si ese semi-clérigo vuelve á hablar aunque sea por medio de señas, os destituyo y os aprehendo como contraventor á las órdenes del Tribunal de la Fé.

—Punto en boca, reverendo padre.

Salió el alguacil y regresó á toda prisa á la prision.

—Me concede la audiencia?

El alguacil hizo un gesto.

—Qué significa eso?

El alguacil llevó la mano á la boca.

—Hablad, maese Torcuato.

El alguacil dió la vuelta haciendo muecas.

—Pues que se fastidien, murmuró Pontolongon, mañana á las cuatro nos asaltan, ya veremos la arrogancia de ese fraile---- ojalá que lo despanzurren---- ojalá que lo desuellen vivo---- ese *Zurdo* lo va á agarrotar---- le ha caido la lotería---- ya veremos---- ya veremos---- voy á rezarle tres credos al Buen Ladron San Dimas para que favorezca á esos bandoleros.

## V.

Al amanecer del siguiente dia entraban al cañon de Lerma los presos y custodios de la Hermandad.

El *Zurdo*, que era un ladron famoso que hacia sus viajes á Valladolid, trabó amistad con Lino el Mulato que era un pícaro de cuenta.

El bandolero estaba en la taberna la noche de las puñaladas y prision de Lino.

Como amigo íntimo, se propuso salvarlo y regresó al Monte de las Cruces, donde tenia una numerosa cuadrilla de malhechores.

Sucede regularmente que los ladrones tienen buenos amigos entre los que se dedican á la persecucion de bandidos y el *Zurdo* tenia un compadre entre los soldados de la Hermandad, conducto de comunicacion con Lino el Mulato.

Por el soldado supieron los bandidos que fray Angel llevaba una gran cantidad de dinero y multitud de obsequios recogidos en las poblaciones.

El favor de salvar á un amigo, unido con una buena presa, eran dos alicientes que el *Zurdo* no echó en saco rato, así es que se situó con los suyos en una de las principales crestas de la montaña y esperó que apareciese la comitiva.

El Mulato Lino habia calculado perfectamente, serian como las cuatro de la tarde cuando la cabalgata ascendió á la parte

mas elevada de la montaña, ese mirador gigante desde donde se descubren los valles hermosísimos de México y Toluca.

Aquella parte de la montaña es lo mas á propósito para cuidar el camino; porque un pasajero se percibiría á larga distancia.

La descubierta de aquella tropa iba en completo descuido, porque no podia imaginarse ni remotamente un asalto.

El fraile venia dormitando y los presos tiritando de frio; porque el aire es sumamente delgado en aquellas alturas.

El padre Pontolongon inspeccionaba con sus miradas recelosas los bosques de pinos que desprendian un continuo rumor azotados por el viento.

El *Zurdo* y su gente se lanzaron de improviso sobre la Hermandad; rodearon al coche y á los presos; haciéndose con este golpe de mano dueños absolutos de la situacion.

Fray Angel se quedó petrificado, marcándose en su semblante las señales del pánico.

El padre Pontolongon cruzó los brazos humildemente, el barbero se fingió mas enfermo de lo que realmente estaba, y Lino el Mulato se desprendió de los grillos con una habilidad sorprendente y saltó sobre un caballo que le presentó el *Zurdo*.

Mientras los bandidos ataban á un árbol á Fray Angel, el *Zurdo* se hacia dueño del dinero, registrando los secretos del coche, de los cuales estaba informado con anticipacion.

Ocupábase la cuadrilla en esta faena, cuando apareció en el camino una tropa que accidentalmente iba á Toluca por el dinero de los comerciantes.

El gefe de la escolta comprendió desde luego que se trataba de un asalto en cuadrilla y se puso en tren para atacar á los bandoleros.

El *Zurdo* y el *Mulato* organizaron su gente, poniendo sobre sus caballos las armas recogidas á la *Hermandad*.

El tiroteo comenzó á pocos momentos.

Fray Angel y el padre Pontolongon estaban asustadísimos temiendo que en la refriega los atravesaran de un balazo.

Soldados y bandidos se encarnizaron horrorosamente hasta batirse á pistoletazos.

De repente se oyó un grito espantoso.

Fray Angel, bañado en sangre y con una herida en el pecho, pedia misericordia.

Entre el polvo de la pelea atravesó una vieja á todo escape en un caballo magnífico; detúvose un instante y dijo al Mulato en un idioma desconocido:

—Huye violentamente, que se acerca fuerza armada por el lado de Lerma.

La bruja siguió á todo escape el sendero hasta perderse en el recodo de la montaña.

—Vámonos, ya es hora, gritó el mulato.

Entonces el *Zurdo* comenzó á hacer una retirada como un general, hasta internarse en las arboledas donde ya fué imposible seguirle la pista.

Diez soldados de la escolta estaban tendidos y agonizantes.

Ocho bandoleros habian muerto á manos de la tropa.

Fray Angel estaba desmayado á causa de la sangre que habia perdido.

El barbero saltó de la camilla, le extrajo por casualidad la bala y le vendó. Pusiéronle en el coche con el mayor cuidado, y sin prestar atencion á los argumentos que en latin y en castellano vomitaba el padre Pontolongon, siguieron paso adelante hasta llegar á Cuajimalpa.

## VI.

Ya iba llegando la noche, cuando atravesaba por el mismo campo del asalto un ginete á todo correr.

El aire le arrebató el sombrero, entonces se detuvo para recogerle, volvió la vista hacia los árboles y contempló con horror los cadáveres de los bandidos meciéndose á los golpes del viento.

Al peso de uno de estos cuerpos horriblemente mutilados, la rama se habia roto y el cadáver caido sobre las rocas.

El ginete no habia reparado en ese espectáculo repugnante; pero tenia de precision que pasar junto á él en su travesía.

Recogió el sombrero, saltó con agilidad sobre el caballo y emprendió su camino.

A poco andar se oyó un grito terrible de sorpresa.

El ginete contemplaba á la bruja que se ocupaba en empar algodones en el corazon del bandido, abierto por una estocada.

La vieja alzó la cara y se halló frente á frente del portugues.

—Huye! huye de aquí, Manuel Treviño, este sitio es funesto para tí!

El portugues no acertaba á moverse; pálido, trémulo, no cesaba de ver á la vieja, recordando su aparicion.

—Eres tú! prorumpió al fin, tú cuya influencia me trae desesperado, loco, calenturiento!

—Huye! dentro de algunos momentos será tarde.

—La muerte! pero sácame de esta incertidumbre horrible, duélete de mi desgracia!

—Yo no quiero conocerte, estoy en el camino de la fatalidad y de la expiacion---- no me has querido escuchar, adios!

—Bruja infernal! gritaba Treviño, detente, yo te conjuro en nombre de nuestros recuerdos á que rompas el velo misterioso que has tendido ante mi vista---- detente---- detente!----

Treviño no habia notado que unos ginetes lo rodeaban.

—Conque hablábais con las brujas, señor mio? dijo un alguacil de la Inquisicion enviado á dar fé de lo acontecido.

—Yo? dijo asustado el portugues.

—Todos estos señores son testigos.

—Os habrá parecido.

—No señor, que bien lo he escuchado.

—Os digo que no es cierto.

—Os aprehendo en nombre del Santo Oficio.

—Os juro por mi vida que todo es un delirio.

—Eso lo verá el señor inquisidor.

—Pero esa calumnia va á traer sobre mí una desgracia, os habeis fascinado, dejadme, dejadme, yo os lo suplico.

En aquel momento se vió por las rocas de la montaña, atravesar á la bruja con una tea encendida que el aire deshacia en llamaradas y nubes de humo.

Santiguáronse los alguaciles y vieron con horror al portugues.

—Salgamos de este sitio, salgamos, dijo el gefe de la ronda, y asegurad á ese hombre que tiene *pacto con el diablo*.